



1080045720



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEON



Capilla Alvarado
Biblioteca Universitaria

DC201

T.5

1846

V.7

ed. 2

LIBRO VEINTE Y CINCO.



Jena.

Situacion del imperio francés al empezar la guerra contra Prusia.—Asuntos de Nápoles, la Dalmacia y Holanda.—Medios de defensa de que se valió Napoleon por sí se formaba una coalicion general.—Plan de campaña.—Napoleon deja á Paris y se traslada á Wurtzburgo.—La córte de Prusia vá tambien á reunirse con el ejército.—El rey, la reina, el principe Luis, el duque de Brunswick, y el principe de Hohenlohe.—Primeras operaciones militares.—Combates de Schleitz y Saafeld.—Muerte del principe Luis.—Turbacion de espíritu en el estado mayor prusiano.—El duque de Brunswick toma el partido de retirarse hácia el Elba, cubriéndose con el rio Saale.—Pron-titud con que Napoleon ocupa los desfiladeros del Saale.—Memorables batallas de Jena y Awerstaedt.—Derrota y desorganizacion del ejército prusiano.—Capitulacion de Erfurt.—El cuerpo de reserva del principe de Wurtemberg es sorprendido y derrotado en Halle.—Retirada divergente y precipitada del duque de Weimar, el general Blucher, el principe de Hohenlohe, y el mariscal Kalkreuth.—Marcha ofensiva de Napoleon.—Ocupacion de Leipsick, Wittemberg y Dessau.—Paso del Elba.—Sitio puesto á Magdeburgo.—Entrada triunfal de Napoleon en Berlin.—Disposiciones que toma acerca de los prusianos.—Gracia concedida al principe de Hatzfeld.—Ocupacion de la linea del Oder.—Persecucion contra los restos del ejército prusiano por parte de la caballeria de Murat, y la infanteria de los mariscales Lannes, Soult y Bernadotte.—Capitulacion de Prenzlou y de Lubeck.—Rendicion de las plazas de Magdeburgo, Stettin y Custrin.—Al cabo de un mes es dueño Napoleon de toda la monarquia prusiana.

Prusia cometió una imprudencia de bulto entrando á luchar contra Napoleon precisamente en el momento en que el ejército francés, que

15013

24082

regresaba de Austerlitz, se hallaba todavía en el centro de la Alemania, y era mas capaz de obrar que ningun otro ejército del mundo. Además, fué una inconsecuencia y grande apelar á la guerra sin auxilio de nadie, siendo así que no se atrevió un año antes á tomar parte en ella, cuando iba á tener por aliados á Austria, Rusia, Inglaterra, Suecia y Nápoles. Ahora por el contrario, aniquilada Austria con los esfuerzos que últimamente habia hecho, y enfadada por la indiferencia con que la habian mirado, estaba resuelta á presenciar impasible las desgracias de otro; Rusia se hallaba muy distante del teatro de la guerra, pues sus tropas se habian retirado al Vístula; Inglaterra furiosa por lo de Hanover, se habia declarado en hostilidad abierta contra Prusia; Suecia habia seguido su ejemplo, y Nápoles no existia. Es verdad que cualquiera que hubiese sido amigo de Francia, podia contar, en el mero hecho de convertirse en su enemigo, conque acudirian á socorrerle, variando de modo de pensar, Inglaterra y los países que tenia á sueldo; pero era preciso para ello entrar en esplicaciones con el gabinete británico, empezando desde luego por devolver el Hanover, lo cual nunca habia sucedido, á lo menos sin recibir alguna compensacion, por muy malas que fueran las relaciones que tuviese con Francia. Rusia sin embargo, aunque habia perdido sus primeras ilusiones de gloria, se mostraba dispuesta á volver á intentar fortuna con las armas en la mano en compañía de las tropas prusianas, que eran las únicas de Europa en quienes tenia confianza; pero antes de que sus ejércitos entrasen en línea debian transcurrir muchos meses,

y era preciso además conducirlos tan lejos como en 1805. De consiguiente, Prusia iba á encontrarse sola por algun tiempo frente á frente de Napoleón, con quien debia habérselas en octubre de 1806 en medio de Sajonia, como Austria se las hubo, en octubre de 1805 en medio de Baviera, con la diferencia de que á la sazón no tenia aquel que superar el obstáculo de las distancias, puesto que en vez de estar acampado en las orillas del Océano, se hallaba en el centro de Alemania, pudiendo llegar á la frontera de Prusia á los dos ó tres dias de marcha.

Para hacer lo que Prusia hizo entonces se necesitaba haber perdido completamente la razón; pero el espíritu de partido es tal, tan incurables son sus ilusiones, que en todas partes se miraba aquella guerra como si pudiese ofrecer probabilidades imprevistas, y abrir á la Europa, vencida hasta allí, un porvenir mejor. Decíase que Napoleón habia triunfado de los austriacos porque eran débiles, y de los rusos porque eran unos ignorantes; pero que aquella vez tenia que habérselas con los discípulos de Federico el Grande, con los únicos herederos de las verdaderas tradiciones militares, y quizá daria con Rosbach en lugar de Austerlitz. A fuerza de repetir estas y otras cosas, acabaron por creerlo, y los prusianos, que debian haber temblado solo al pensar que iban á batirse con los franceses, concibieron estraordinaria confianza; y eso que habia hombres prudentes que no ignoraban lo insensato de semejante esperanza, pero en Viena reinaba una mezcla de sorpresa y satisfaccion al ver que esos prusianos tan celebrados iban á luchar de pronto con el

capitan, que al decir de todos debia su gloria á la degradacion del ejército austriaco. Los enemigos de Francia sintieron, pues, por un momento no poca alegría, porque creyeron que iba á caer de la cúspide de la grandeza; y efectivamente así sucedia por desgracia; pero no tan pronto, y si unicamente despues de haber cometido faltas que aun entonces no podian echársele en cara.

Por lo que hace á Napoleon, ningun temor le inspiraba la guerra en que iba á entrar, pues aunque no conocia á los prusianos, á quienes nunca habia encontrado en el campo, se decia á si mismo que esos prusianos, de tanto mérito desde que eran enemigos suyos, consiguieron contra bisonos franceses menos triunfos que los austriacos, y que si no supieron vencer cuando se batian contra soldados regimentados de prisa y corriendo, mal vencerian á un ejército aguerrido y mandado por él. Así es, que escribió á sus hermanos que se hallaban en Nápoles y Holanda, no tuviesen el menor asomo de inquietud, pues aquella lucha se terminaria mas pronto que la anterior, y no solo Rusia, sino sus aliados, cualesquiera que fuesen, saldrian con las manos en la cabeza, asegurando en esas mismas cartas, que iba á acabar de una vez con la Europa, y á *hacer que sus enemigos no pudieran moverse en diez años.*

Como era un gefe tan prudente como osado, tomó tantas precauciones como hubiera podido tomar contra soldados y generales, iguales ó superiores en mérito á los suyos, y aunque no creia cuanto se aseguraba de los prusianos, puso en planta lo que aconseja la prudencia, la cual nos manda que apreciemos en lo que vale al enemigo

conocido, y mas de lo que merece al que no se conoce. Ademas de esta consideracion habia otra que estimulaba su previsora actividad; á saber, que estaba resuelto á luchar á sangre y fuego contra el continente, y por lo mismo que desconfiaba de sus medios marítimos, queria vencer á Inglaterra venciendo á sus aliados, y persiguiéndoles hasta que soltasen las armas. Sin fijarse en el tiempo que podria durar aquella guerra, ni hasta donde se estenderia, presumia que tendria que avanzar mucho hácia el Norte, y tal vez que ir á buscar á Rusia en su propio territorio; y admirado de lo que últimamente habia hecho Prusia, como que desde París no podia desentrañar las causas tan diversas como complicadas que inducian á obrar al gabinete de Berlin, creia que en setiembre de 1806, ni mas ni menos que en setiembre de 1805, iba á estallar una gran coalicion, sordamente dispuesta; que la inesperada osadía del rey Federico Guillermo no era otra cosa que el primer síntoma de esa coalicion, y se figuraba que toda la Europa iba á desplomarse sobre él, sin esceptuar el Austria, á pesar de sus pacíficas protestas. Engañábale, sin embargo, la desconfianza muy natural por cierto que habia despertado en él la agresion del año anterior, pues aunque de la resolucion que acababa de tomar Prusia, debia resultar otra nueva coalicion, no seria aquella potencia la causa, sino el efecto de ella. Por lo demas, no solo Napoleon, sino toda la Europa, miraba con sorpresa lo que sucedia en Berlin, pues todos creen que los gabinetes no obran por pasion, sino por cálculo. La pasion los mueve sin embargo, y así como enfadados de pronto uno

contra otro dos hombres, empuñan el acero, por un interés mal pensado, muchas veces vienen á las manos dos naciones. El mal estar moral de Prusia, hijo de sus faltas, y de los malos tratamientos que por ellas habia sufrido por parte de Napoleon, era mucho mas que una traicion mediada, la causa verdadera de aquellos arrebatos repentinos que nadie podia comprender.

Creuyendo, pues, en la existencia de una nueva coalicion, quiso Napoleon perseguirla hasta en el fondo de las heladas regiones del Norte, y con este fin dispuso lo necesario para conjurar la tormenta que preveia, recurriendo no solo á medios de ataque contra sus adversarios, medios que tenia á su mano hallándose como se hallaba reunido en el centro de Alemania, el ejército grande sino á medios de defensa para los vastos Estados que debia dejar tras sí, mientras él caminase hácia el Elba, el Oder, y quizá hácia el Vistula y el Niemen. A medida que su dominacion se estendia era preciso que sus cuidados fuesen mayores pues tenia que ocuparse, de Italia desde el estrecho de Messina hasta el Isonzo, y aun mas allá, puesto que le pertenecia la Dalmacia, y de Holanda, convertida de estado aliado en reino de familia. En una palabra, tenia que mirar por la conservacion de aquellas comarcas, y además de su gobierno, desde que sus hermanos reinaban en ellas.

No hay que negar que con dar Napoleon á su familia la corona de las Dos Sicilias, aumentó sus dificultades tanto como su poderio. Todo el que examine de cerca los cuidados, la gente y el dinero que le costó el tener á su hermano José en el reino de Nápoles, creará que en vez de arrojar

á los Borbones de la Italia meridional, acaso le hubiera valido mas dejarlos allí despues de castigar su última traicion, imponiéndoles gruesas contribuciones de guerra, reduciendo á limites mas estrechos su territorio, y obligándoles con dureza á que no permitiesen que los ingleses comerciasen en los puertos de Calabria y Sicilia. Es verdad que á suceder esto no se hubiera acabado de regenerar la Italia, de arrancar aquel pais tan noble como hermoso del bárbaro sistema bajo que se hallaba oprimido, y asociarle completamente al social y político de Francia; es verdad que las córtes de Nápoles y Roma siempre hubieran sido dos enemigos solapados, dispuestos á llamar á los ingleses y rusos. Empero estas razones, que seguramente eran poderosas, y justificaban á Napoleon de haber emprendido la conquista de la península italiana, desde el Isonzo hasta el Tarento eran entonces decisivas, no para limitar sus empresas en el Mediodía de la Europa, sino para limitarlas en el Norte, pues la Dalmacia exigia veinte mil hombres, la Lombardía cincuenta mil y Nápoles otros cincuenta, es decir, ciento veinte mil para la Italia sola; y si se necesitaban aun doscientos ó trescientos mil desde el Danubio al Elba, era de temer que no pudiera sufrirse por mucho tiempo semejante carga, ó que hubiera que sucumbir en el Norte por estenderse demasiado en el Mediodía, ó en el Mediodía por haber intentado demasiado en el Norte. Repetimos con este motivo lo que hemos dicho en otra parte; á saber, que de tener que reducirse á limites mas estrechos, mas valia que esto fuese en el Norte, pues si la familia de Bonaparte procuraba esten-

derse en Italia ó en España, como antiguamente lo hizo la casa de Borbon, obraba en el verdadero sentido de la política francesa, mucho mas que trabajando en crear para sí nuevos tronos en Alemania.

José, á quien acogió perfectamente la parte ilustrada y rica de la poblacion, maltratada por Carolina, y á quien aplaudió un instante el pueblo como una novedad, sobre todo en la Calabria que acababa de recorrer, conoció sin embargo á poco tiempo lo sumamente difícil que era desempeñar su tarea. No teniendo como no tenia materiales en los almacenes y arsenales, ni fondos en las arcas públicas, pues el anterior gobierno no habia dejado en ellas ni un ducado, obligado á crear cuanto faltaba, y temiendo agravar con impuestos á un pueblo cuyo cariño procuraba atraerse, se veia en grandes apuros, pues pedir á un pais su dinero cuando tenia tambien que pedirle su afecto era lo mismo tal vez que hacer que negase uno y otro. Sin embargo, era preciso proveer á las necesidades del ejército francés, al cual no solia dar sueldo Napoleon cuando lo tenia fuera de Francia y José sacaba del tesoro imperial tropas ó letras, que suplicaba á su hermano aceptase, pidiéndole sin cesar subsidios y tropas; pero Napoleon le contestaba que iba á luchar contra la Europa entera, conjurada sigilosa ó públicamente, que no podia pagar, además del ejército del imperio, el de los reinos aliados, y que bastante hacia con prestar tropas á sus hermanos, para que fuese tambien á prestarles dinero. Con todo, los sucesos que acaecieron en el reino de Nápoles, obligaron á Napoleon á no negar nada de cuanto le pedian.

Gaeta, plaza fuerte del continente napolitano, era la única poblacion del reino que no se habia rendido al ejército francés, siendo muy difícil sitiarse aquella fortaleza, construida en el estremo de un promontorio, bañada por el mar por tres costados, no tocando en tierra sino por uno solo, y dominando por aquel lado todo el terreno, además de estar defendida por obras regulares, con tres órdenes de bateria. Asi es, que se hallaba detenida delante de sus muros parte del ejército francés, ocupada en trabajos de caminos que era preciso abrir muchas veces en piedra viva, mientras que otra parte de ese mismo ejército guarnecía á Nápoles, y el resto, diseminado en la Calabria para contener la rebelion pronta á estallar, se componia de un monton de tropas enteramente dispersas. A esto hay que agregar que el fin del estío, tan funesto en Italia para los estrangeros, habia diezmando las fuerzas francesas, y no hubieran podido reunirse seis mil hombres en un mismo punto.

Napoleon, cuya correspondencia con sus hermanos convertidos en reyes, merece ser estudiada porque es una leccion profunda del arte de reinar, reñia algunas veces á José con una severidad que le dictaba su razon, pero de ningun modo su corazon, reprendiéndole por su debilidad, por su falta de accion, y porque se dejaba llevar de las ilusiones de un carácter benévolo é insubstancial. En esa correspondencia se dice que José no se atrevia á imponer contribuciones, y sin embargo, queria formar un ejército napolitano, que pretendia tener una guardia real, y retenia á su lado para que protegiese su persona á gran parte de

las fuerzas puestas á su disposicion, que dirigia mal el sitio de Gaeta, y por último, que no hacia ningun preparativo para la expedicion de Sicilia.

«Lo que debes hacer por tus pueblos, le escribia Napoleon, es poner orden en la hacienda, pero no puedes evitar que sobre ellos pesen los gastos de la guerra, porque las contribuciones son necesarias para pagar las tropas. Nápoles debe dar 100.000.000 como el vireino de Italia, y de estos 100.000.000 bastan 30 para pagar cuarenta mil hombres.» (Carta de 6 de marzo de 1806). «No creas que los pueblos, y sobre todo los napolitanos, quieren al que se muestra débil, y ten por seguro que es una quimera de los que te adulan, eso de que á la reina Carolina la miraban con ódio, y tú te vas haciendo popular por la blandura de tu carácter. Si yo perdiera una batalla en el Isonzo, sabrias lo que debemos pensar de tu popularidad, y la pretendida impopularidad de la reina Carolina. Los hombres son bajos, abyectos, y solo obedecen á la fuerza: ponte en el caso de un revés (lo cual puede sucederme á cada momento), y ya verás como ese pueblo se levanta en masa, gritando ¡muera los franceses! ¡muera José! ¡viva Carolina! y tendrás que venirte á mi campamento. (Carta de 9 de agosto de 1806). «*Un desterrado y vagabundo es un personaje muy tonto.* Es preciso gobernar con justicia y severidad, suprimir los abusos del antiguo régimen, establecer orden en todas partes, impedir no solo las dilapidaciones de los napolitanos, sino la de los franceses, crear la hacienda, y pagar bien á mi ejército, pues á él debes el estar ahí.» (Carta del 22 de abril de 1806). «En cuanto á una guardia real, es

un lujo digno, cuando mas del vasto imperio que yo gobierno, y que hasta me pareceria demasiado costoso, si no debiera hacer sacrificios por la magestad de este imperio, y el interés de mis soldados, á cuyo bienestar conviene la formacion de un cuerpo escogido. En cuanto á formar un cuerpo napolitano, guárdate de pensar en ello, pues te abandonaria en caso de peligro, haciéndote traicion para acatar á otro soberano. Forma, si tal es tu voluntad, tres ó cuatro regimientos, y envíamelos, que yo haré que adquieran lo que solo se adquiere en la guerra, disciplina, valor, el sentimiento de la honra y fidelidad, para que cuando te los devuelva sean dignos de formar el núcleo de un ejército napolitano. Entre tanto sírvete de suizos, pues no podré dejarte por mucho tiempo cincuenta mil franceses, aunque estuvieras en estado de poder pagarlos, y los suizos son los únicos soldados extranjeros fieles y valientes.» Carta de 9 de agosto). «Situa en Calabria algunas columnas ambulantes compuestas de corsos, porque son excelentes para esta guerra, y pelearán con entusiasmo por nuestra familia.» (Carta de 22 de abril de 1806). «No disemines las fuerzas, pues los cincuenta mil hombres que tienes á tus órdenes son mas que suficientes, si sabes emplearlos. Yo quisiera que con solo veinte y cinco mil hombres guarnecieses tu reino, y que cuando fuese preciso acudir á las armas, te presentases en el campo de batalla con muchas mas fuerzas que el enemigo. El primer cuidado de un general debe ser distribuir sus tropas de modo que puedan acudir á todas partes, pero este es el verdadero secreto del arte que ninguno posee, ninguno, ni

aun Massena, á pesar de lo grande que se presenta en los peligros.»

Quería Napoleon que José se limitase á guarnecer á Nápoles con dos regimientos de caballería y algunas baterías de artillería volante, disponiendo en seguida el ejército en escalones, desde Nápoles hasta el fondo de la Calabria, con un fuerte destacamento situado frente á Sicilia, de donde podia llegar un ejército inglés, y que se mantuviese así dispuesto á reunir en tres marchas un cuerpo considerable, sea en Nápoles, sea en Calabria, séase en el punto por donde se temiese un desembarque. Quería sobre todo que se apresurara á apoderarse de Gaeta, cuyo sitio absorbía parte de las fuerzas disponibles, y que despues de terminado el sitio se ocupase en formar una gran plaza fuerte que sirviese de apoyo al nuevo trono, que estuviese situada en el centro del reino, y á donde pudiera refugiarse un rey de Nápoles con su tesoro, sus archivos, los napolitanos fieles á su causa, y el resto de sus tropas, para resistir durante seis meses á una fuerza sitiadora de sesenta mil anglo-rusos (Carta de 2 de setiembre de 1806). Napoleon no creía á propósito para esto la ciudad de Nápoles, y además, segun su modo de ver las cosas, un rey extranjero no podia sin algun riesgo situarse en medio de una poblacion numerosa, enemiga por necesidad. Deseaba tambien que aquella plaza fuerte influyese sobre la capital, el mar y lo interior del reino, por lo cual despues de discutir varios puntos, y examinar principalmente en el mapa la posicion de Nápoles y la de Capua, prefirió á Castellamare por su inmediacion á la capital del reino, por ser punto marítimo y hallarse

en el centro. Hecha esta eleccion, mandó estudiar el terreno para resolver la clase de obras que debían hacerse, añadiendo en sus cartas: «todos los años deben dedicarse 5 ó 6.000,000 para esa gran obra, y hacer lo mismo por espacio de diez años, pero de modo que á medida que se vayan gastando 6.000,000 adquiera la plaza mayor grado de fuerza, y que al segundo ó tercer año puedas ya encerrarte en esa vasta fortaleza, pues ni tú ni yo sabemos lo que podrá suceder dentro de dos, de tres ó de cuatro años: ¿son nuestros acaso los siglos? Si tienes energia, podrás mantenerte en ese asilo durante mucho tiempo, arrojando desde allí el rigor de la fortuna, y esperando un cambio favorable.»

Por último, Napoleon queria que su hermano fuese preparando poco á poco los medios necesarios para pasar el estrecho de Messina con diez mil hombres, fuerza suficiente á su parecer para conquistar la Sicilia, y de mas fácil transporte en las falúas que tanto abundan en el mar de Italia. En consecuencia encargó que inmediatamente se hiciesen trabajos de defensa en Scylla ó en Messina, para reunir allí con toda seguridad las fuerzas navales que necesitaba. Empero lo que principalmente recomendaba era la pronta conclusion del sitio de Gaeta, pues así que esto se verificase quedaria disponible una mitad del ejército: además instaba á su hermano á que repartiase de otro modo las fuerzas, repitiéndole sin cesar: «dentro de poco tendrás que habértelas con un desembarque y una insurreccion, y ni podrás rechazar el uno ni reprimir la otra.»

José comprendia la profundidad de estos con-

sejos, quejábanse algunas veces del language que para dárcelos empleaba Napoleon, y los seguia según su leal saber y entender. Rodeado de algunos franceses, amigos suyos, de Mr. Roederer, que se ocupaba con actividad de reformas administrativas y rentísticas, y del general Mateo Dumas, que se dedicaba, con inteligencia por cierto, á organizar la fuerza pública, hacia lo mejor que podia para crear un gobierno, y regenerar el hermoso pais que era rey. Salicetti, hombre de talento y valor, dirigia la policia con el vigor que recomendaban las circunstancias; pero mientras que José hacia esfuerzos por desempeñar su regia tarea, justificando los ingleses las previsiones de Napoleon, se aprovecharon de lo mucho que duraba el sitio de Gaeta, en el cual se hallaban la mitad de las fuerzas, y de las calenturas que las diezaban, para desembarcar en el golfo de Santa Eufemia, donde aparecieron ocho mil hombres á las órdenes del general Stuart. El general Reynier, que estaba situado en Cosenza, reunió unos cuatro mil franceses, y corrió valerosamente al punto del desembarque; pero dicho oficial, entendido y valiente, era tan desgraciado, que destinado á Nápoles por pura condescendencia de Napoleon, quien se acordaba de las faltas que cometió en Egipto, tuvo tan mala suerte en aquella ocasion, como habia tenido en los campos de Alejandria. Atacó al general Stuart en medio de un terreno cenagoso donde no podian obrar sus cuatro mil hombres de consuno para suplir con la uniformidad del movimiento su inferioridad numérica, y fué rechazado, teniendo que retirarse á lo interior de la Calabria. Aquel descalabro, aunque no debia considerarse como

una batalla perdida, causó el mismo efecto, y dió lugar á que la Calabria se insurreccionase á espaldas de los franceses. El general Reynier tuvo que sostener encarnizados combates para reunir sus destacamentos dispersos, vió asesinar cobardemente, sin poder socorrerlos á sus enfermos y heridos, y se vió obligado á tener que abrirse paso prendiendo fuego á las aldeas y degollando á los habitantes de las poblaciones rebeldes. Por lo demas, obró con energia y celeridad, y supo mantenerse firme en medio de un espantoso incendio. El general Stuart se portó en aquella ocasion de un modo que le honra, pues disgustado con el asesinato de los franceses, tan general como horrible, procuró suplir con el amor del dinero la humanidad que faltaba á aquellos feroces montañeses; ofreció diez ducados por cada soldado y quince por cada oficial que le presentasen vivos, y trató á los que consiguió salvar con los miramientos que se deben entre sí las naciones civilizadas, cuando tienen que hacerse la guerra.

Estos sucesos que tan bien demostraban lo acertado de los consejos de Napoleon, sirvieron de estimulante al nuevo gobierno napolitano, y José aceleró el sitio de Gaeta, á fin de poder llevar todo el ejército hácia la Calabria. Tenia á su lado á Massena, cuyo nombre hacia temblar á la poblacion napolitana, y le habia encargado la toma de Gaeta, pero retardó el enviarlo allí hasta el dia en que terminados los trabajos de ataque, fuese preciso desplegar mucho vigor. Los generales de ingenieros Campredon y Vallongue eran los encargados en dirigir las operaciones del sitio, y siguieron lo dispuesto por Napoleon, quien queria

se reservase la artillería de grueso calibre para cuando las baterías estuviesen colocadas muy cerca del casco de la plaza. Viéndose obligados a tener que abrir la trinchera en un suelo en que á cada momento se encontraba piedra viva, caminaron con lentitud, y sufrieron, sin contestar á él, el fuego de una cantidad enorme de cañones y morteros. Los sitiadores recibieron ciento veinte mil balas de cañon y veinte y un mil bombas antes de responder ni una vez siquiera á aquella masa de proyectiles, hasta que así que llegaron á distancia conveniente para establecer las baterías de brecha, empezaron un fuego destructor. Las fuertes murallas de Gaeta, edificadas sobre roca, resistieron al principio, acabando por desplomarse de repente y presentando á la vista dos brechas anchas y practicables. Los soldados pedian se diese el asalto en premio de sus largos trabajos, y Massena formó dos columnas de ataque con el objeto de concedérselo; pero los sitiados ofrecieron capitular. En consecuencia se entregó la plaza el dia 18 de julio con todo el material que contenia, y la guarnicion se embarcó para Sicilia, despues de comprometerse á no volver á servir contra José. Aquel sitio costó á los sitiadores mil hombres, y otros tantos á los sitiados, perdiendo en él la vida el general de ingenieros Vallongue, uno de los oficiales mas distinguidos de su arma, y saliendo gravemente herido el príncipe de Hesse-Philipstadt, que mandaba la plaza.

Massena partió inmediatamente con las tropas que la toma de Gaeta dejaba disponibles, atravesó á Nápoles el dia 1.º de agosto, y corrió á socorrer al general Reyner, que se mantenía en Co-

senza, en medio de la insurreccion calabresa. El refuerzo que llevaba Massena, ascendia á trece ó catorce mil hombres, número mas que suficiente, sin contar la presencia de Massena, para arrojar á los ingleses al mar. Así es que apenas supieron se acercaba el ilustre mariscal, se embarcaron el 5 de setiembre, y Massena solo tuvo que habérselas con insurrectos, mas numerosos que lo que creía y mas encarnizados que lo que al principio supuso. Se vió, pues, en la necesidad de quemar varios caserios y pasar á cuchillo á las hordas de bandidos que degollaban á los franceses, desplegando en aquella ocasion el valor de siempre, y consiguiendo en pocas semanas amortiguar sensiblemente el fuego de la insurreccion. Gracias á esto, al empezar en Prusia los grandes sucesos que vamos á contar, iba renaciendo la calma en la Italia meridional, y el rey José podia tenerse por seguro, á lo menos por algun tiempo, en su nuevo reino.

En aquella misma época, acaecian en Dalmacia sucesos de gravedad, pues los rusos no querian devolver las bocas del Cattaro, y autorizado Napoleon con semejante conducta, y sobre todo por el modo que tuvieron de ocupar á Corfú, cuya soberanía habian usurpado; autorizado, decimos para obrar, resolvió apoderarse de la pequeña república de Ragusa, que separaba á Cattaro del resto de Dalmacia. Envió, pues, á su ayudante de campo Lauriston, con una brigada de infantería, para que se instalase allí; pero no tardó éste en verse envuelto por los montenegrinos que se habia insurreccionado, y por un cuerpo ruso de algunos miles de hombres. Bloqueado por los

ingleses por la parte del mar, y sitiado por tierra por feroces aldeanos y una fuerza regular rusa, se hallaba en un verdadero peligro, peligro á que hacia frente con valor. Afortunadamente el general Molitor, compañero de armas tan leal como oficial firme y habil en presencia del enemigo, voló á socorrerlo: no siguiendo el espresado general el ejemplo sobrado frecuente en el ejército del Rhin, de dejar en peligro á un vecino á quien no se quisiese bien, se dirigió espontáneamente hácia Ragusa á marchas forzadas con un cuerpo de cuatro mil hombres, embistió con decision el campamento de los rusos y montenegrinos, apoderóse de él á pesar de estar frecuentemente atrincherado, y sacó del peligro á los franceses que se hallaban en la plaza, pasando para ello á cuchillo á gran número de montenegrinos, con lo cual les quitó la gana para mucho tiempo de intentar una nueva incursion en Dalmacia.

Segun se vé, no dejaba de costar trabajo establecer la dominacion francesa en aquellas lejanas comarcas, arrancadas al consentimiento de Europa por medio de grandes batallas, y donde era preciso batirse todos los dias para que sus habitantes no se saliesen de los límites de la obediencia. Al otro extremo del imperio, ofrecia dificultades de diferente índole pero tan serias como aquellas, la fundacion de otro reino de familia, esto es el de Holanda. Los holandeses, gente sesuda y pacífica, no se insurreccionaban como los aldeanos de la Calabria ó de la Iliria; pero oponian al rey Luis su habitual inercia, suscitándole tantos obstáculos como á José los calabreses. El gobierno stathouderiano habia dejado

á Holanda muchas deudas, y los que habian ido sucediéndose despues, habian contraido otras de mucha consideracion para costear los gastos de la guerra, de suerte que cuando Luis llegó á Holanda, se encontró con un presupuesto de 78.000,000 de florines, siendo así que las rentas solo ascendian á 35.000,000. En esos 78.000,000 de gastos, los intereses de la deuda solo figuraban por 35.000,000 de florines, pagándose con el residuo el ejército, la marina y las obras en los diques. A pesar de lo malo de esta situacion, los holandeses no querian oír hablar ni de nuevas contribuciones, ni de reducir algun tanto los intereses de la deuda, porque acostumbrados como se hallaban aquellos prestamistas de profesion á dar sus capitales á todos los gobiernos, fuesen nacionales ó extranjeros, miraban la deuda como la propiedad mas sagrada del mundo. La idea de una contribucion sobre las rentas, que hubo de concebirse, porque estas eran en Holanda uno de los valores mas importantes, mejor repartidos, y de consiguiente la base mas amplia para un impuesto, sacaba de quicio á los holandeses y fué preciso renunciar á ella. Amenazaba pues, no una insurreccion, como en Nápoles, sino el no pago de todas las atenciones, pues por lo que hace á los holandeses no eran hostiles al nuevo rey por odio que tuviesen á la monarquía, ó por cariño hácia la casa de Orange, sino que deseaban ardentemente la paz marítima, y la echaban menos, como que á ella, mucho mas que á la república ó al stathouderato, debian sus riquezas. Teniendo como tenian con los ingleses grandes relaciones de interés, y pareciéndose á ellos en costum-